

El retorno de la Psicología Política (*)

Alexandre Dorna

Resumen

La psicología política retorna luego de casi un siglo de ausencia. Muchos de sus componentes fundadores, emigraron paulatinamente hacia otras disciplinas, mientras otros vivieron un largo exilio al interior de la psicología social. Las razones son a la vez científicas y políticas. La insatisfacción que producen las micro-teorías y la insuficiencia de los enfoques políticos actuales son el resultado de una crisis generalizada y de una fragmentación de las visiones científicas e ideológicas. En síntesis: se trata de uno de los componentes del llamado síndrome de la post-modernidad.

Abstract

Political psychology returns after almost a century of absence. Many of its founders emigrated gradually to other disciplines while others lived long exiles within social psychology. The reasons are scientific as well as political. The dissatisfaction produced by the micro-theories and the insufficiency of the current political schools of thought are a result of a generalized crisis and of a fragmentation of the scientific and ideological views. In short: one of the components of the so-called postmodern syndrome.

I. La sociedad sin alma: El síndrome global de la crisis contemporánea

La crisis actual contiene varios ingredientes negativos: el debilitamiento de los valores comunes, la falta de proyecto alternativo, la desaparición del debate público (doxa), la pérdida del deseo de vivir juntos, la ausencia de conciencia histórica y una profunda amnesia social. Además, habría que agregar: una demisión del pensamiento crítico y la aceptación tácita de una sociedad sin alma dominada por referencias ideológicas de inspiración individualista y tecnocráticas. El espectro del mercantilismo recorre el mundo.

(*): Este artículo retoma en parte una conferencia dictada en el Congreso Internacional de Psicología en la Universidad Iberoamericana de México. 26 al 30 de marzo del 2001.

De allí que algunos especialistas hablen de una “sociedad bloqueada” (Crozier, 1970).

Se trata de una crisis de civilización, compleja, crónica y asolapada, cuyo diagnóstico sociológico fue propuesto por Durkheim a comienzos del siglo XX, quien habló de “anomia” social, a lo cual hay que agregar una anomia “ideológica y política”, que se traduce en un conformismo generalizado y un statu-quo frustrante.

Si la ciencia hace unos siglos fue ensalzada como fuerza objetiva de verdad, la realidad presente es otra. La duda ontológica se ha introducido en la epistemología moderna. En el fondo la verdad científica es cuestionada. Las teorías generales han prácticamente aparecido bajo una multitud de micro-teorías. Y así la investigación se ha vuelto gris y monótona. Las grandes “catedrales” de la filosofía de la historia se encuentran cubiertas de arenas y de cenizas. Algunos pensadores actuales han llegado a proclamar con mucho ruido el fin de la historia.

El “mundo imago”, optimista y racional, del hombre renacentista, artista y científico (Leonardo de Vinci fue el prototipo) se ha desfigurado y se ha vuelto una caricatura: funcionarios y operadores de computadoras inteligentes forman la elite tecnocrática del poder. Tal vez la causa se encuentra en la pérdida de gusto por la cultura, y el retraimiento delante de las cuestiones históricas, sea por omisión u olvido, sea por vanidad o ignorancia. Probablemente la poderosa burocracia tecnocrática y la presencia de una tecnocultura uniforme han destruido los puentes que antes unían las fuerzas creadoras, los sueños de grandeza, las cualidades espirituales y la búsqueda científica de un mundo mejor para los hombres del futuro.

En la medida que las actividades científicas se atomizan, la tradicional separación entre ciencias “duras” y “ciencias blandas” se agudiza. Así los acuerdos metodológicos de base se pierden bajo la proliferación de nuevos contenidos teóricos (micros) y nuevas técnicas omnipresentes.

Peor aun, los lazos entre científicos de un mismo dominio se quiebran y los caminos bifurcan. La falta de un marco de referencia común se hace cada vez más evidente. Estamos en presencia de una “balkanización” de la ciencia moderna y de una verdadera epidemia de micro-teorías. La competencia entre ellas es ruda y la voluntad de sobrevivir las vuelve agresivas, dogmáticas y conflictivas. En suma: son pequeñas ideologías con intereses propios que pululan en los campus universitarios y cuya finalidad consiste en reproducirse en una cadena sin fin.

II. La psicología social: insuficiencias teóricas e institucionales

La historia reciente de la psicología (social en particular) ilustra perfectamente lo que hemos descrito. Pero como dice E. Crespo (1995) no es la insatisfacción “de una historia que esté siempre empezando, sino de una reflexión que nunca termina”. Algunos psicólogos sociales (Billig Gergen, Ibáñez, Fernández) han abordado el tema desde una perspectiva “constructivista. Pero si muchos de sus argumentos me parecen compatibles con los míos, pienso que las soluciones epistemológicas que proponen aún distan mucho de ofrecer un lugar de encuentro pluralista y transversal. Bien entendido se trata de búsquedas valiosas de diversos enfoques de la psicología social que pueden servir de puente con la nueva psicología política aún en construcción.

La psicología social se desarrolló durante todo el siglo XX bajo la tutela del enfoque experimental (primero conductista, luego cognitivista) y elaboró un conjunto complejo (muchas veces confuso) de procedimientos, teorías, y técnicas. Los resultados parecieron a primera vista espectaculares. Se crearon departamentos de psicología social en todas las universidades del mundo, la profesión se desarrolló y sus aplicaciones tuvieron una significativa influencia. Pero el costo de ese éxito es alto. Los objetivos iniciales se han abandonado paulatinamente. Casi nadie habla, hoy, de utilizar el conocimiento para cambiar las condiciones de vida de las gentes y buscar la solución a los problemas concretos de la sociedad.

¿Qué hace verdaderamente la psicología social académica? En pocas palabras: crea objetos cada vez más abstractos de estudio y teorías asombrosamente virtuales que poco o nada tienen que ver con la realidad concreta. La mayor parte de los investigadores pasan su tiempo a la busca de pruebas del valor empírico de sus hipótesis de laboratorio. Lo importante es la validez de sus micro-teorías de laboratorio. Y así de hipótesis en hipótesis los hombres de laboratorio pasan sus mejores años en laberintos artificiales que se transforman en círculos viciosos autónomos, hasta que por la usura del tiempo, y a veces por la desaparición física de los creadores, otra micro-teoría será propuesta como “paradigma” de referencia. Y así sucesivamente en una cadena de cursos y coloquios, publicaciones para iniciados y discursos cerrados.

Las tensiones internas (metodológicas y epistemológicas) no se formulan abiertamente. Los conflictos existen, pero sin debate de fondo. Cierto, aquí y allá, se viven las pequeñas luchas entre los partidarios de unas u otras micro-teorías, y del uso de los métodos cuantitativos y aquellos otros que prefieren los cualitativos. Pero pocos son los que se atreven a proponer alternativas frente al statu-quo. En cambio, muchos adoptan estrategias individuales de evitación que remedan la famosa política del avestruz.

¿Qué podemos hacer? Lo peor es permanecer dentro del círculo cerrado de las imposturas. De allí la necesidad de un pensamiento positivo y crítico, para plantear seriamente las cuatro necesidades imperativas para salir del "impasse": la necesidad de una re-evaluación crítica del enfoque científico clásico; la necesidad de volcarse al estudio de las perversiones que paralizan la sociedad humana, incluyendo los sectores que nos son más cercanos; la necesidad de tomar una posición frente a la auto-reproducción de las micro-teorías psicosociales; la necesidad de observar nuevamente la problemática social concreta.

De hecho, desde sus orígenes, ha comienzos del siglo XX, la psicología social ha escamoteado su doble inspiración: "individualista y colectiva". En los años 30, bajo la tutela norteamericana, estas tendencias se desarrollan de manera desigual y combinada, pero lentamente los enfoques "individualistas" lograron imponerse completamente hasta ocultar la perspectiva de una psicología de masas. Bien entendida, esta transformación se produce dentro de un contexto epistemológico dado y una realidad social e ideológica determinante.

La posición "colectivista", la más antigua cronológicamente, y de origen europeo, había postulado la existencia de una supra-individualidad. Ross (1912) lo dice de la manera siguiente: "las ideas convergentes de los miembros de un grupo se transforman y deviene una estructura espiritual. La individualidad del grupo reemplaza la personalidad individual". También lo afirma Le Bon como punto de partida para una psicología política. Y otros cuyos rastros se han esfumado con el tiempo: H. Berr, A. Hamon, I. Meyerson y varios otros.

La segunda posición, "individualista", mucho más reciente, desplaza la primera gracias al formidable impulso dado por los trabajos experimentales iniciados en los años 40 por los universitarios norteamericanos. Allport lo dice de manera perentoria: "no existe una psicología de grupos que no sea una psicología individual". De hecho los autores postulan que los comportamientos individuales son sociales únicamente porque responden a estímulos institucionales.

Por cierto, entre ambas corrientes extremas se ubican una serie de autores que juzgan severamente la oposición entre individuo y sociedad, individualidad y colectividad. Esta tercera posición es la de Sherif (1936) quien lo expresa claramente: "la psicología individual es psicología social y viceversa. No hay dos psicologías, sino una sola". Otros como Mead (1935) y Linton (1936) desarrollarán una argumentación más amplia para insistir sobre el carácter cultural de la relación entre personalidad y sociedad. Sin embargo, veremos más adelante que la aceptación de una posición intermedia no logra resolver los problemas epistemológicos planteados hace un

siglo. Nunca las terceras vías han resultado los impasses, solo sirven para aliviar el peso del statu-quo.

Mas tarde, la investigación experimental de laboratorio se apodera prácticamente de la totalidad del espacio académico de la psicología social universitaria y su influencia se extiende fuera de las fronteras de los EE. UU. una vez terminada la 2ª Guerra Mundial. Los universitarios europeos se incorporan, por “la force des choses”, primero lentamente y luego de manera acelerada. La adhesión a los enfoques teóricos y a los métodos de trabajo de la psicología experimental norteamericana se vuelve hegemónica.

Los estudios de Sherif y de Asch sobre las normas y la presión de las mayorías, forman la base del “éxito” de la psicología social académica: actitudes y cambio de actitudes. K. Lewin y sus discípulos tratan de sobrepasar la psicología social individual, pero no lo logran. Peor aún: refuerzan la metodología cuantitativa y la voluntad de construir teorías extraídas de la experimentación de laboratorio. Luego, la célebre experiencia de Lewin. Lippit y White sobre el liderazgo provoca una serie de aplicaciones prácticas (entrenamiento de supervisores, cambio de actitudes, psicoterapia. etc.) y algunas teorizaciones puntuales en torno a la dinámica de grupos. Paralelamente, los trabajos de Havland, y de sus colegas de la Universidad de Yale, proporcionan las bases para la emergencia de un nuevo “paradigma”: la influencia social. El enfoque cuantitativo gana así en credibilidad y se expande al resto de las universidades del mundo occidental.

En los años 60, una nueva ola de investigaciones experimentales perpetúa la supremacía de los enfoques cognitivos y comienza la era de las micro-teorías en psicología social. La teoría del equilibrio cognitivo de Heider dará origen a una gran variedad de trabajos experimentales sobre la coherencia, la congruencia y la persistencia de patterns socio-cognitivos. Posteriormente, es el turno a la teoría de la disonancia cognitiva de Festinger (discipulo de Lewin) que marca profundamente la investigación de laboratorio. Numerosas teorías vendrán mas adelante. A su vez Kelley explica la mediación de los mecanismos cognitivos en las situaciones de racionamiento y juicio social. Mientras que Kiesler aporta la teoría del “compromiso” (commitment) según la cual son nuestros propios actos (en lugar de las ideas o los sentimientos) que nos hacen adherir psicológicamente a una acción. Otros enfoques se suceden: la teoría de la internalidad-externalidad y el “locus de control” propuestos por Rotter. Y hay más, pero por razones de espacio las pasaremos por alto.

Mientras tanto, en Europa, Tajfel y otros promueven un enfoque sobre la categorización social que reformulan en términos cognitivos los estudios sobre los prejuicios, los estereotipos y el sociocentrismo. Una micro-teoría parcial de la identidad comienza a ganar audiencia dentro del medio académico anglo-americano. Por su parte, en Francia, Moscovici y sus seguido-

res, buscan un puente entre la tradición europea y la experimentación norteamericana. Se trata de un esfuerzo original por reorientar la epistemología psicosociológica. Sin embargo, la vorágine experimental “jivariza” su reflexión teórica original y se transforma en una “escuela de pensamiento” a través de un arsenal de métodos cada vez más sofisticados (con una fuerte dosis de “retórica” estadística) para justificar y evaluar las hipótesis de la (micro) teoría de las representaciones sociales.

Hasta aquí esta descripción rápida del “síndrome de la formación de las micro-teorías”. Veremos ahora lo sustancial de la crítica, que espero sea entendida como constructiva. La consecuencia es similar a la que observamos en el conjunto de ciencias sociales: la pérdida de inter-inteligibilidad en el seno de misma disciplina. Cada micro-teoría se transforma en un asunto de iniciados, hasta el extremo que una misma palabra (la famosa clave de los catálogos informáticos) adquiere una poli-significación tan grande que la comunicación se reduce cada vez más.

En palabras más directas: La proliferación de las micro-teorías, estimulada por la astucia y la ingeniosidad de los procedimientos de laboratorio, ha hecho perder de vista la utilidad social del conocimiento psicológico y estructurado a su alrededor un verdadero sistema de “mafias” académicas. La laboriosa actividad experimental provoca un enorme entusiasmo, y una expansión institucional. Vale decir: la formación de discípulos. Los resultados empíricos forman un formidable y multicolor fuego de artificios que ilumina el cielo de la investigación psicosocial. Toda virtud posee defectos. En este caso, la luminosidad localizada de las micro-teorías nubla la visión del conjunto de la realidad. Al mismo tiempo, la memoria histórica se debilita y los aspectos culturales son omitidos. Lo virtual reemplaza lo real. Lo importante deja de ser la predicción generalizable de los hallazgos significativos. Lo urgente cubre el horizonte académico y se convierte en una carrera de obstáculos para producir publicaciones y obtener las primas de investigación. En suma: la notoriedad se vuelve efímera, pero terriblemente atractiva.

III. Algunas observaciones críticas sobre los hallazgos de la psicología social

Primera observación crítica: El oficio del psicólogo social se ha impuesto empírica y técnicamente. Pero, paradójicamente, pese a la multiplicación de las teorías, la formulación de leyes generales se encuentra en un impasse. Matalon (1996), uno de los mejores metodólogos en ciencias sociales, en Francia, lo escribe en forma lapidaria: “no existe un cuerpo de conocimientos que sea aceptado por todos los investigadores de una misma disciplina”. Se trata entonces de un serio bloqueo teórico del conjunto de las ciencias sociales.

En un registro más irónico, Bem y McConnell, decían hace algún tiempo: “en el momento actual la elección de una (u otra) de las teorías, se reduce a una cuestión de gusto o de estética”.

Cabe una vez más preguntarse: ¿Qué (nos) pasó? ¿En qué momento la brújula de la investigación social dejó de funcionar? ¿Para qué sirven los artefactos de la investigación?

Las respuestas hay que buscarlas en múltiples direcciones:

- La súper-especialización con sus efectos paradójales de rigidez intelectual y celotipia de grupos.
- La decepción provocada por las macro-teorías históricas: Hegel y Marx, Spencer y Toynbee, etc.
- La influencia del pensamiento único impuesto por la ideología tecnocrático-liberal.
- La presión de los “lobbies” en el seno de los centros de decisiones de las universidades y las instituciones de tutela.
- La súper-nacionalización a la cual la realidad virtual de laboratorio no es ajena.
- La tendencia a “formalizar” (matematizar dirían los ortodoxos) la investigación, que si bien es una aspiración legítima de las ciencias “duras”, se ha transformado en una suerte de “fetichismo estadístico”, cuya utilización sirve de justificación y de seriedad científica en las ciencias “blandas”.
- La irrupción en las universidades de la mentalidad gestinaria que hacen de la “producción ciencia” una actividad asimilable a una producción industrial.

Segunda observación crítica: las micro-teorías se reproducen a través de conductas ritualistas de los estudiantes y discípulos así como del proselitismo de los maestros. Las investigaciones se repiten en forma canónica para así hacer perdurar las hipótesis primitivas y producir los efectos de audiencia.

Tercera observación crítica: cuando algunos tratan de buscarle aplicaciones prácticas a las micro-teorías, la fórmula de Zimbardo sirve de coartada: “la mayoría de técnicas estudiadas nunca han sido probadas en la realidad, y en consecuencia puede que no funcionen”. En resumen, la magia del laboratorio hace que su secreto se exprese en dos palabras: “todo depende...!!!”.

Cuarta observación crítica: el enfoque “liberal” (individualismo metodológico) ha acentuado tres rasgos típicos de la psicología de nuestro tiempo: su carácter “a-histórico” y su postura “a-cultural” y la omisión de los elementos emocionales en la formación de los comportamientos sociales complejos.

Quinta observación crítica: las muestras experimentales en la investigación de laboratorio sufren de varios sesgos anti-científicos: el número limitado de sujetos, su poca representatividad (estudiantes), la simplificación de los protocolos, las condiciones artificiales de manipulación de las variables. Sin anotar la infinita variedad de aspectos culturales, ideológicos, e históricos que generalmente no son tomados en cuenta.

Sexta observación crítica: la notoriedad de algunas micro-teorías obedece más a sus efectos de “charme” que a sus reales competencias científicas. Las redes de influencia hacen que la “verdad científica” se haya vuelto “democrática”. El número de partidarios cuenta. Un clima de “in group” domina las eventuales infidelidades teóricas o metodológicas, y una actitud de desconfianza (out-groups) reina frente a los otros grupos de investigación. Los laboratorios recuerdan esos viejos “castillos” feudales, en torno a ciertas figuras intelectuales fuertes que administran la carrera de “sus” investigadores (generalmente antiguos estudiantes) y determinan los temas de investigación de los nuevos.

Séptima observación crítica: el mundo exterior poco influye en las problemáticas teóricas.

Hay muchas teorías pequeñas, pero ninguna verdaderamente aplicable a una escala social. La “ciencia” se hace en medio de luchas abiertas que transforman los campus en zonas de conflictos y de enfrentamientos para imponerse dentro del mercado del conocimiento. La multiplicación de encuentros, congresos, seminarios y coloquios permiten la difusión planetaria de las micro-teorías y la construcción de redes internacionales.

Octava observación crítica: utilizando una metáfora, podríamos decir que los investigadores se han convertido en “topos” de jardín, cuya laboriosa y rutinaria actividad consiste en construir galerías subterráneas cada vez más intrincadas y de difícil acceso. Y que de tanto vivir en la oscuridad se han vuelto miopes y torpes. Hasta tal punto que al salir a la superficie y a la luz del día son incapaces de reconocer sus verdaderos objetos de trabajo y sus utilidades sociales.

IV. ¿Psicología social o psicología política?

Algunos piensan que entre la psicología política y la psicología social existe una rivalidad de fondo. Otros hablan de un verdadero pleonismo. Para clarificar estas interpretaciones, vale la pena recordar tres hechos históricos básicos que deben ser reincorporados a la perspectiva común:

- Primer hecho histórico: contrariamente a una creencia impuesta por la vulgata académica, la psicología social no es la “madre” de la psicología política. Los

hechos muestran más bien lo contrario. La razón de este equívoco tiene sus antecedentes ideológicos: la psicología política tiene un origen popular, tumultuoso y a veces hasta sulfuroso. En efecto, ninguno de sus principales representantes hacía parte del mundo académico establecido: ni Le Bon ni Tarde, tampoco Sighele, mucho menos Hamon cuyo romanticismo libertario lo ubica fuera de las normas de la época. Comentario similar merecen otros pensadores cercanos: Sorel, Canetti, Rossi, Draghichesco, Cattaneo y otros que han sido enterrados en las arenas del olvido.

El rasgo común de estos pioneros es escuchar sin filtros institucionales los dolores y las pulsaciones de la sociedad. Su virtud: poseer una mirada penetrante y un pensamiento refractario a las modas teóricas de la época. Otro elemento común: hacer cohabitar, sin jerarquía, las diversas disciplinas que componían las llamadas "ciencias humanas": la historia, la moral, la literatura, el derecho, la sociología, la economía política, la antropología y la psicología general. Probablemente estas características determinaron la singular marginalidad del enfoque psico-político. Pero, paradójicamente, la marginalidad de ayer está más cerca de la realidad presente.

- Segundo hecho histórico: La investigación en psicología social se ha contentado de explotar los comportamientos individuales. Mientras que la psicología colectiva de los pioneros ha perdido formalmente vigencia. Los procedimientos de laboratorio se han extendido como un inmenso lago artificial alimentado por las lluvias de la demanda social y la crecida de los ríos académicos, pero pese a su extensión considerable solo tiene unos cuantos centímetros de profundidad.
- Tercer hecho histórico: la metodología psicopolítica en sus orígenes contiene un sello indeleble: la transversalidad metodológica y la pluralidad teórica. En consecuencia, una de las tareas de los psicólogos actuales consiste en rescatar el legado cultural común. La psicología política tiene sobradas razones para exigir una mayor autonomía y proponer un diálogo (intra y extra científico) a fin de poder enfrentar los grandes desafíos de la sociedad contemporánea.

V. De la psicología política

Que la psicología social vuelva a sus fuentes primeras o no, la polémica nos parece bizantina. No se trata del regreso de la hija pródiga. Al contrario, se trata de saber dejar atrás aquello que causa obstáculo. Pero eso no quiere decir ni olvidar ni destruir, sino integrar. La psicología política posee una larga vida anterior y las herramientas intelectuales como para retomar su lugar dentro del conjunto de las ciencias sociales (Dorna 1998). Más aun: puede convertirse en el centro de la re-integración.

Por su pasado, la psicología política es portadora de un método tolerante donde lo cuantitativo conlleva lo cualitativo, mientras que la visión transversal le permite recomponer el puzzle problemático de la realidad humana tanto en su dimensión "holística" e individual. Cuando ciertos pensadores

de ciencias sociales se reclaman de un retorno al enfoque psicológico, resulta curioso observar cómo la gran mayoría de los pensadores contemporáneos han reconsiderado el lugar que ocupa la psicología dentro de la problemática social moderna.

La masa de psicólogos sociales, por falta de diálogo con otras disciplinas de las ciencias humanas y demasiado absorbidos en los trabajos experimentales, se han aislado de una problemática cultural y política que ha evolucionado en los últimos años.

Aquí y allá, de manera más o menos explícita podemos afirmar que un regreso a la cuestión del sujeto se ha abierto camino. Pero no se trata de un sujeto puramente individual, sino de una interrogante sobre la parte política y social del hombre. Esta idea está latente en los trabajos de Alberoni (1977), Touraine (1984) y desde hace varios años en los escritos de Elias (1939), así como en los planteamientos de Foucault (1969) a propósito del poder y del individuo en tanto práctica social y concepto filosófico. Estos enfoques, como muchos otros, muestran una tendencia que ha desembocado en un cuestionamiento epistemológico de fondo, frente al cual las ciencias humanas han reaccionado en forma desordenada y atomista, demostrando en forma redundante el síndrome de nuestra época: la fragmentación del “mundo imago” de la modernidad.

La falta actual de una teoría general de la sociedad contemporánea no hace más que agravar el sentimiento de malestar en el seno de las ciencias sociales. Pero se trata de un momento que puede conducir a re-evaluar las interrogaciones que estaban en el centro de la psicología política clásica: lo colectivo, la masa, la soledad de la muchedumbre. En suma, el alma de la humanidad: sus crisis, sus perturbaciones y sus patologías explícitas.

A fin de razonar estas cuestiones se puede ir al encuentro de la matriz ideológica que se encuentra en los orígenes del pensamiento político grecolatino pre-y-post-socrático. Y allí, de buena fe y buscando para ver, (nos) encontramos ante la matriz del saber en plena ebullición. De allí una suerte de hipótesis heurística de los fundamentos; bajo una forma genealógica, de una suerte de psicología política en gestación.

V. 1. Una hipótesis heurística de la psicología política

Se trata de rescatar una evidencia que se pierde en la noche de los tiempos. Debemos recordar con Aristóteles que el hombre es un animal social que llega a transformarse en un ser político. Su transformación es el producto de una experiencia cuyo epicentro es su propia relación subjetiva con la realidad externa a través del tiempo. Y en su dimensión práctica es el creador de una cultura que lo transforma a su vez. De esa acción nace la invención del sujeto y la creación de la “naturaleza” humana, la invención de la

política y la creación de las formas de gobierno. A través de errores y ensayos, los primeros hombres acumulan un saber positivo y una cierta idea de la trascendencia de la especie humana, así como una cierta idea de la necesidad de lo colectivo y más adelante de la autonomía individual, pese a la compleja madeja de relaciones afectivas y utilitarias.

En consecuencia, no nos parecer exagerado decir que la primera matriz epistemológica construida por el hombre es de inspiración profundamente psicológica. La psiquis juega un rol primero. Así, el hombre se piensa y piensa el mundo en términos psicológicos. Los usos culturales son posteriores a la elaboración de creencias y representaciones colectivas. Pero, la cultura es la consolidación de las habilidades comunes.

De hecho, la política, tal cual la entendemos hoy, es una invención “psicológica” que se manifiesta en el seno de la cultura griega en un momento dado de su evolución. Se trata de una herramienta de mediación entre los hombres frente a sus propias violencias. Luego de un largo proceso de ensayos y errores, la colectividad construye una lógica y una racionalidad (el logos de los griegos donde lo emocional y lo racional forman un todo) a fin de proponer una realidad humana alternativa, con otras reglas de convivencia, que aquella realidad impuesta por la naturaleza.

En consecuencia: también la política hace parte de la invención “psicología colectiva” como mediación y puente entre los múltiples mundos posibles (almas individuales) para formar un conjunto de reglas comunes.

¿Hipótesis (in)verosímil dirán algunos? Probablemente, pero plausible si recordamos la significación remota de las palabras de Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas”. La cuestión permanece evidentemente abierta al debate contradictorio.

V. 2. Un modelo descriptivo para la psicología política

A modo de síntesis, les propongo un esquema sobre el cual nos detendremos solo unos instantes, puesto que nuestro objetivo era hablar más de la psicología social que de la psicología política. Sin embargo, puesto que de reflexión en reflexión hemos avanzado algunos pasos, tal vez la esquematización permita dar una visión rápida del conjunto.

Esquema heurístico de la psicología política

La percepción ocupa un lugar central en la perspectiva que hemos denominado psicología política. Se trata de una cuestión capital, pues detrás de cada hecho hay una construcción individual y colectiva sobre la base de los mecanismos sociales de la percepción. Por cierto lo esencial consiste en recordar sus características selectivas, constructivas y culturales. Al mismo

tiempo que una “normalización” de lo percibido dentro y fuera del marco ahora y aquí de la situación. Otros elementos mayores concurren a la formación de percepciones: los antecedentes lejanos y cercanos (la historia y sus memorias) y las consecuencias de los actos posibles (las expectativas) dentro de una situación cultural. Habría que agregar una explicación sobre los mecanismos de cohesión, pero no es el caso de hacerlo en este contexto. Sólo haré notar que todo diagnóstico político exige plantearse los elementos que mantienen la cohesión y dan coherencia a las acciones.

La convergencia de los enfoques: Mayerson

La reflexión de Ignace Meyerson (Bruner 1996), psicólogo histórico, juega un papel de primer plano en nuestra demostración.

Retengamos, por ahora, algunas de sus principales tesis:

La paradoja humana: el hombre, contrariamente a otros animales, acuerda un enorme valor a una serie de actividades superfluas a la luz de la actividad fundamental común: la supervivencia. Una enorme energía es empleada para producir, conservar, transmitir y transformar la naturaleza y cambiar las conductas humanas. De allí han nacido: el arte, el derecho, las religiones, la guerra, la ciencia, la especulación, y evidentemente la política. Resulta conveniente entonces interrogarse cómo los seres humanos invierten tanto esfuerzo en proyectos colectivos que van más allá de la pura supervivencia.

Lo humano se empapa de sus obras. El mundo del hombre es el mundo de sus obras: la civilización es la obra. De allí que sea parcial querer comprender lo psicológico sin comprender la significación de las obras humanas. La memoria juega aquí un papel irremplazable. La psicología política se alimenta del recuerdo.

Los psicólogos sociales han demostrado en forma ejemplar que la percepción es: selectiva, construida y cultural. Meyerson se adelanta a todos ellos cuando muestra lo ambiguo de la realidad humana. La cuestión de las obras permite encontrar un nexo de continuidad, puesto que son ellas las que justifican la existencia humana, no solo porque prueban su continuidad, sino porque forman una sólida estructura de referencia. Así, el hombre es historia en la medida que actualiza sus recuerdos.

La memoria, como la percepción, se forma y se transmite socialmente. El mundo humano se humanizó con la mediación de los sistemas de signos que la técnica ha permitido conservar y transmitir: desde el alfabeto a la computadora, pasando por la imprenta. Axioma: la obra humana (colectiva por definición) no es susceptible de ser disecada en laboratorio.

Otro rasgo del hombre: su preocupación por el avenir. Más aún, su tendencia a proyectarse en el futuro tanto en lo personal como en la historia. Todas sus obras se hacen con relación a una percepción del y en el tiempo. Los proyectos colectivos que los hombres conciben (por ejemplo, el proyecto de la modernidad), refuerzan esta orientación de expectativa. He allí el zócalo histórico que nos ayuda a comprender algunos aspectos de la interacción social, y evidentemente de la política. Los actos tienen necesidad de una justificación colectiva: "unidas múltiplex".

VI. Algunas palabras de conclusión

La crisis de la modernidad se refleja en todos los planos intelectuales, y en particular en la espiritualidad y en la ciencia. Pero, si la psicología vive los excesos del cientismo y del reduccionismo racionalista que se apodero de la ciencia en un momento de exaltación de nuestra historia, existen numerosos territorios de conocimiento que es necesario re-visitarse. Para ello debemos reconstruir los puentes que nos unían a otras disciplinas: la historia, la sociología, la antropología, etc.

La psicología política, Dorna (1998) postula su vocación científica sin caer en el círculo vicioso de las micro-teorías y de sus prácticas institucionales. Al mismo tiempo permite re-examinar los postulados impuestos por la psicología individualista, la ideología liberal, a fin de retomar contacto con el conjunto de la realidad, incluyendo los fenómenos afectivos, dentro de una perspectiva metodológica transversal.

La tarea urgente es proponer un modelo heurístico abierto y un pluralismo metodológico, capaz de incorporar el estudio de la cultura y de la historia en un lugar central, única manera de pensar en una coherencia global (razón y emoción, universalidad y concretización) en la cual los sujetos y la realidad percibida formen una nueva síntesis.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberoni, F.** (1997). *Movimento e institutione*. (Traducción española). Bolonia: Il molino. 1984. Madrid. Editora nacional.
- Bruner, J.** (1996). Meyerson aujourd'hui: quelques réflexions sur la psychologie culturelle. In Parot F.: *Pour une psychologie historique. Hommage à I. Meyerson*. Paris: PUF.
- DORNA, A.** (1998). Les fondements de la psychologie politique. Paris. PUF
- Elias N. (1970) Was ist soziologie?. Juventa verlag. Trad. Française: Qu'est-ce que la sociologie?. París. ED. de l'aube. 1991.

Foucault, M. (1969). *L'arqueologie du savoir*. Paris: Gallimard.

Linton, R. (1935). *The study of man*. New York. Appleton-century-crofts
Matalon. (1996): *La construction de la science*. Genene. Delahau.

Mead, M. (1936). *Sex and temperament in three primitis societies*. New York: Merton.

Ross, E. A. (1912). *social psychology*. New York: Mcmillan.

Sherif, M. (1966). *the psychology of social norms (2^{da} ed.)*. New York: Harper et Row.

Touraine, A. (1984). *Le Retour de l'acteur*. Paris: Fayard.